



J.R.R. TOLKIEN

HISTORIA DE LA TIERRA MEDIA

EL LIBRO DE LOS CUENTOS PERDIDOS

2

CHRISTOPHER TOLKIEN

minotauro

ହେବୁ କାନ୍ତିର ପାଶ୍ଚାତ୍ୟ ମଧ୍ୟ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ
କାନ୍ତିର ପାଶ୍ଚାତ୍ୟ ମଧ୍ୟ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ



J. R. R. TOLKIEN

EL LIBRO
DE LOS CUENTOS
PERDIDOS

2

Editado por Christopher Tolkien

ଏହି କାନ୍ତିର ପାଶ୍ଚାତ୍ୟ ମଧ୍ୟ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ
ମଧ୍ୟ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ : ଲାଗୁ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ
କାନ୍ତିର ପାଶ୍ଚାତ୍ୟ ମଧ୍ୟ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ ପାଦିତ

El Libro de los Cuentos Perdidos 2
Historia de la Tierra Media 2
J. R. R. Tolkien

Título original: *The Book of Lost Tales, Part Two*
© The Tolkien Estate Limited and C.R. Tolkien, 1984
Primera edición en Gran Bretaña: George Allen & Unwin, 1984

J.R.R. Tolkien reconoce su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra

® y Tolkien® son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited

© Traducción de Teresa Gottlieb
Revisión a cargo de Mónica Sanz Rodríguez

Ilustración de cubierta © John Howe
Diseño de colección de Coverkitchen
Adaptación del diseño de cubierta: Book & Look

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con
HarperCollinsPublihsres Ltd.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 1990, 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1338-0
Depósito legal: B. 12.024-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
I EL CUENTO DE TINÚVIEL	9
II TURAMBAR Y EL FOALÓKË	93
III LA CAÍDA DE GONDOLIN	189
IV EL NAUGLAFRING	127
V EL CUENTO DE EÄRENDEL	327
VI LA HISTORIA DE ERIOL O ÆLFWINE Y EL FINAL DE LOS CUENTOS	359
<i>Apéndice Nombres en los Cuentos Perdidos 2</i>	431
<i>Índice de nombres</i>	451

I

EL CUENTO DE TINÚVIEL

El cuento de Tinúviel fue escrito en 1917, pero el primer texto que se conserva es posterior y se trata de un manuscrito en tinta sobre un original a lápiz que fue borrado; y, de hecho, la nueva versión de este cuento que escribió mi padre parece ser uno de los últimos textos completos de los *Cuentos Perdidos* (véase I. 259).

También hay una versión escrita a máquina de *El cuento de Tinúviel*, que es posterior al manuscrito pero que corresponde a la misma «etapa» de la mitología: mi padre tenía el manuscrito delante y lo iba modificando a medida que lo reescribía. En las págs. 38 y siguientes se enumeran las diferencias significativas entre las dos versiones.

El manuscrito lleva el siguiente encabezamiento: «Vínculo con la historia de Tinúviel, titulada también Cuento de Tinúviel». El *Vínculo* se inicia con el siguiente pasaje:

—Enorme era el poder de Melko para el mal —dijo Eriol—, si fue de hecho capaz de destruir con sus ardides la felicidad y la gloria de los Dioses y de los Elfos, oscureciendo la luz de sus moradas y aniquilando todo su amor. Sin duda, ésa debe de ser la peor acción que haya cometido jamás.

—En realidad, nunca después se ha vuelto a cometer tanto mal en Valinor—dijo Lindo—, pero Melko se ha empeñado en cometer peores acciones en el mundo y las semillas de su mal han crecido desde entonces hasta alcanzar enormes y terribles proporciones.

—Y aún más —dijo Eriol—, pero mi corazón es incapaz de pensar en otras desgracias, por el dolor que siente ante la destrucción de los más bellos Árboles y el oscurecimiento del mundo.

Este pasaje fue tachado y no se encuentra en el texto escrito a máquina, pero vuelve a aparecer en forma casi idéntica al final de *La huida de los Noldoli* (I. 207). Esto se debe a que mi padre decidió que a continuación de *El oscurecimiento de Valinor y La huida de los Noldoli* (véase I. 219, donde se analiza el complejo problema de la reorganización

de los *Cuentos* en ese punto) no debía ir *Tinúviel* sino *El cuento de Sol y de Luna*. La frase con que se inicia el siguiente pasaje del *Vínculo* —«Ahora bien, en los días que siguieron al relato de este cuento»— se refería, cuando fueron escritos, a *El oscurecimiento de Valinory* a *La huída de los Noldoli*, pero en ninguna oportunidad se explica de qué cuento se trata, puesto que *Tinúviel* ya no ocupaba su lugar original.

En un comienzo, las dos versiones del *Vínculo* son muy similares, pero luego difieren cuando Eriol habla de su pasado. De la primera parte presento solamente el texto escrito a máquina y, cuando difieren, doy las dos versiones, una a continuación de la otra. Dejo el análisis de esta historia de la vida de Eriol para el capítulo VI.

Ahora bien, en los días que siguieron al relato de este cuento, he aquí que el invierno se acercaba a la tierra de Tol Eressëa, porque Eriol, olvidando ya sus deseos de vagar, se quedó por un tiempo en la vieja Kortirion. Jamás en todos esos meses se aventuró más allá de las nobles tierras cultivadas que se extendían fuera de las murallas grises de esa ciudad, pero muchas moradas de los Inwir y los Teleri lo recibieron alegremente como su huésped, y su dominio de las lenguas de los Elfos y su conocimiento de sus costumbres, sus relatos y sus cantos se hicieron aún más profundos.

Entonces el invierno se precipitó repentinamente sobre la Isla Solitaria, y los pastos y los jardines se cubrieron con un relumbrante manto de nieves blancas; las fuentes quedaron inmóviles y todos los árboles desnudos enmudecieron, y el lejano sol despedía pálidos destellos entre la niebla o se multiplicaba en las facetas de largos hielos colgantes. Pero Eriol seguía sin alejarse y observaba cómo la fría luna contemplaba Mar Vanwa Tyaliéva desde lo alto de los helados cielos, y cuando las estrellas lanzaban rayos azules sobre los techos prestaba oído, pero no escuchaba ya el sonido de las flautas de Timpinen; porque ese espíritu es el soplo del verano y, cuando la secreta presencia del otoño invade el aire, él se sube a su mágico bote gris y las golondrinas lo llevan muy lejos.

Aun así, Eriol conoció la risa y la alegría y melodías también, y cantos, en las moradas de Kortirion; sí, Eriol el vagabundo, cuyo corazón no había conocido el reposo hasta entonces. Llegó entonces un día grise y una lánguida tarde, pero en el interior

había lumbre y una noble tibieza y danzas y la alegre algarabía de los niños, porque Eriol jugaba con gran entusiasmo con las damitas y los muchachos en la Sala del Juego Recuperado.

Cansados al fin de tanto júbilo, se recostaron sobre las alfombras ante el hogar, y uno de los niños, una pequeña damita, dijo:

—¡Cuéntame, oh, Eriol, un cuento!

—¿Qué puedo contarte, oh, Vëannë? —le respondió, y ella, encaramándose a sus rodillas, le dijo:

—Una historia de Hombres y de niños en las Grandes Tierras, o de tu hogar; ¿tenías allí un jardín como el nuestro, donde crecían amapolas y pensamientos como los que crecen en mi rincón junto al Árbol de los Zorzales?

A continuación, presento la versión escrita a mano de lo que resta del *Vínculo*:

Entonces Eriol le habló de su hogar, que se encontraba en un viejo pueblo de los Hombres, rodeado por una muralla ya derrumbada y convertida en escombros, y por donde corría un río sobre el cual se alzaba un castillo con una inmensa torre.

—Una torre altísima en realidad —dijo Eriol—, y luna debía elevarse muy alto allí pues, de otro modo, él^{*} no hubiera podido asomar la cara por encima.

—¿Era tan alta entonces como Tirin de Ingil? —dijo Vëannë.

Pero Eriol respondió que no podía decirlo, porque habían pasado muchísimos años desde que había visto ese castillo o su torre, pues —Oh, Vëannë —le dijo—, sólo viví allí por un corto tiempo y no después de haberme convertido en un muchacho. Mi padre nació en un pueblo de la costa, y yo sentía en los huesos el amor por ese mar que no había visto jamás, y mi padre acicateaba mis anhelos, porque me relataba historias que su padre le había contado. Y ocurrió que mi madre murió en un asedio a ese viejo pueblo, un asedio cruel y famélico, y mi padre murió en la cruenta lucha en torno a las murallas, y yo, Eriol, al fin logré escapar hacia la costa del Mar del Oeste y desde esos

* [N. de la R.] Recordemos que la luna es masculina en Tolkien, y el sol es femenino.

lejanos días he pasado casi toda mi vida en el regazo de las olas o a su lado.

Los niños estaban muy tristes por las desgracias que habían sufrido los habitantes de las Grandes Tierras y por las guerras y la muerte, y Vëannë se aferró a Eriol, diciendo:

—Oh, Melinon, nunca te marches a la guerra; ¿o te has marchado ya alguna vez?

—¡Ay!, muchas veces —dijo Eriol—, pero no a las grandes guerras de los reyes terrenales y las naciones poderosas, que son crueles y amargas y destruyen tantas tierras nobles y tantas cosas bellas e incluso conducen a una existencia ruinosa a mujeres y a dulces damitas como tú, Vëannë Melinir; pero he visto bravas refriegas en las que pequeños grupos de hombres valerosos se enfrentan a veces y en las que luchan con gran destreza. Pero, ¡un momento!, ¿por qué hablar de esas cosas, pequeña? ¿No preferirías oír hablar de mis primeras aventuras en los mares?

Esto despertó gran entusiasmo y Eriol les relató sus andanzas por los puertos del oeste, y les habló de los amigos que hizo y de los atracaderos a los que llegó; de cómo zozobró en las costas de lejanas islas del oeste hasta que, finalmente, en un islote solitario, conoció a un viejo marino que le dio amparo y que, junto al fuego, en su solitaria cabaña le contó extraños cuentos de cosas que ocurrían más allá de los Mares del Oeste, y le habló de las Islas Mágicas y de la isla más solitaria que se encontraba aún más lejos. Mucho tiempo atrás, la había visto brillar en la distancia y, después de eso, la había buscado más de una vez en vano.

—Desde entonces —dijo Eriol— navegaba con más curiosidad en torno a las islas del oeste en busca de más historias como éas, y así es como, después de muchos largos viajes, llegué al fin, con la bendición de los Dioses, a Tol Eressëa, donde estoy ahora hablando contigo, oh, Vëannë, hasta quedarme sin palabras.

Sin embargo, un niño, Ausir, le rogó que les hablara más de los navíos y de los mares, pero Eriol les dijo: —No, aún queda tiempo antes de que Ilfiniol toque el gong para anunciar la cena: ¡vamos, chiquillos!, ¡que uno de vosotros me cuente algún cuento que haya escuchado! —Entonces Vëannë se irguió, batí palmas y dijo—: Te contaré el Cuento de Tinúviel.

Ésta es la versión del mismo pasaje escrita a máquina:

Entonces Eriol les habló del que antaño había sido su hogar, en un viejo pueblo de los Hombres rodeado por una muralla que ya entonces estaba derrumbada y convertida en escombros, pues por mucho tiempo sus habitantes habían conocido días de una pródiga y sencilla paz. Por allí corría un río, sobre el cual se elevaba un castillo con una inmensa torre. —Ahí vivía un poderoso duque —dijo Eriol— que, cuando contemplaba desde las más altas almenas, no alcanzaba a divisar los límites de sus dilatados dominios, excepto hacia el este, donde se extendían a lo lejos las sombras azuladas de las enormes montañas, aunque la torre era el punto más elevado de las tierras de los Hombres.

—¿Era tan alta como Tirin del gran Ingil? —dijo Véannë, pero Eriol le respondió—: Era una torre altísima en realidad y luna se elevaba muy alto cuando pasaba por allí pues, de otro modo, él no podría haber asomado la cara por encima, pero ahora no puedo decir cuán alta era, oh, Véannë, porque han pasado muchos años desde la última vez que vi el castillo o su encumbrada torre. La guerra se precipitó repentinamente sobre ese pueblo, que vivía sumido en una profunda paz, y sus murallas derrumbadas no fueron capaces de soportar el ataque de los hombres salvajes de las Montañas del Este. Allí pereció mi madre, en ese asedio cruel y famélico, y mi padre murió en una cruenta lucha en torno a las murallas, en el último ataque. En esos días lejanos yo aún era muy joven para luchar y me hicieron esclavo.

»Habéis de saber que mi padre había nacido en un pueblo de la costa desde el que llegó vagando a ese lugar, y yo sentía en los huesos el amor por ese mar que no había visto jamás; y mi padre solía acicatear mis anhelos, hablándome de las extensas aguas y recordando historias que su padre le había relatado tiempo atrás. No es necesario que os hable de los tormentos que sufrió desde entonces en mi cautiverio, porque al fin logré romper mis ataduras y llegar hasta las costas del Mar del Oeste y, desde esos remotos días, he pasado casi toda la vida en el regazo de las olas o junto a ellas.

Los niños se entristecieron al oír hablar de las desgracias que sufrieron los habitantes de las Grandes Tierras, de las guerras

y de la muerte, y Vëannë se aferró a Eriol diciendo: —Oh, Melinon, nunca te marches a la guerra, ¿o te has marchado ya alguna vez?

—¡Ay!, muchas veces —dijo Eriol—, pero no a las grandes guerras de los señores terrenales y las naciones poderosas, que son crueles y amargas y destruyen toda la belleza de la tierra y de esos hermosos objetos que crean los hombres con sus manos en tiempos de paz; no, no se compadecen siquiera de las dulces mujeres y de las tiernas damitas como tú, Véanné Melinir, porque la ira y la sed de sangre embriagan a los hombres y Melko triunfa por doquier. Pero he visto bravas refriegas en las que pequeños grupos de hombres valerosos se enfrentan a veces y en las que luchan con gran destreza, demostrando el valor de su cuerpo y su corazón, pero, ¡un momento!, ¿por qué hablar de esas cosas, pequeña? ¿No preferirías oír hablar de mis aventuras en los mares?

Esto despertó gran entusiasmo y Eriol les relató sus primeras andanzas por los puertos del Oeste, y les habló de los amigos que hizo y de los atracaderos a los que llegó; de cómo zozobró una vez en las costas de las lejanas islas del Oeste, donde, en un islote solitario, encontró a un viejo marino que vivía en constante soledad junto a la costa, en una cabaña que había construido con la madera de su barca. —Sabía todo lo que hay que saber de los mares —dijo Eriol—, más que ningún otro que haya conocido, y había en sus saberes mucho de hechicería. Me contó cosas curiosas de regiones más remotas que el Mar del Oeste, de las Islas Mágicas y de la isla más solitaria que se encontraba aún más lejos. Me dijo que hacía mucho tiempo la había visto brillar a la distancia y que desde entonces la había buscado más de una vez en vano. Mucho fue lo que me enseñó de los mares ocultos y de las oscuras e ilimitadas aguas, y sin eso jamás habría encontrado esta tierra tan apacible ni esta amada ciudad ni la Cabaña del Juego Perdido; aunque mi búsqueda fue larga y dolorosa y hube de emprender muchos viajes fatigosos hasta llegar por fin, con la bendición de los Dioses, a Tol Eressëa, donde estoy ahora sentado hablando contigo, oh, Vëannë, hasta quedarme sin palabras.

Sin embargo, un niño, Ausir, le rogó que hablara más de los navíos y de los mares, diciéndole: —Porque has de saber,

Eriol, que ese viejo marino que vivía junto al mar solitario era el mismísimo Ulmo, que rara vez se presenta ante los viajeros que le despiertan amor, pero aquel que ha hablado con Ulmo debe de saber muchos cuentos que no perderán su encanto ni siquiera entre los que habitan aquí en Kortirion. —Pero Eriol no creyó entonces lo que Ausir decía y respondió: —No, pagad la deuda que tenéis antes de que Ilfrin haga sonar el gong para llamar a la cena; ¡vamos!, que uno de vosotros me cuente algún cuento que haya escuchado. —Entonces Vëannë se irguió, batió palmas y dijo:

—Te contaré el Cuento de Tinúviel.



El cuento de Tinúviel

A continuación, presento el texto de *El cuento de Tinúviel* que aparece en el manuscrito. En realidad, el *Vínculo* no se distingue de ninguna manera del manuscrito ni está separado de él, y Vëannë no hace ninguna introducción formal del relato.

—¿Quién era Tinúviel? —dijo Eriol.

—¿No lo sabes? —dijo Ausir—. Tinúviel era la hija de Tinwë Linto.

—Tinwelint —dijo Vëannë, pero el niño replicó:

—Da igual, pero los Elfos de esta casa a quienes les gusta el cuento dicen «Tinwë Linto», aunque Vairë dijo que «Tinwë» era su nombre correcto antes de que se internara en los bosques.

—¡Silencio, Ausir! —dijo Vëannë—, porque éste es mi cuento y se lo contaré a Eriol. ¿No vi acaso una vez a Gwendeling y a Tinúviel con mis propios ojos cuando caminaba por el Camino de los Sueños, hace mucho, mucho tiempo?¹

—¿Cómo era la Reina Wendelin (porque así la llamaban los Elfos),² oh, Vëannë, si es cierto que la viste? —dijo Ausir.

—Esbelta y de cabellos muy oscuros —dijo Vëannë—, y tenía la piel blanca y pálida, pero los ojos le brillaban y parecían ser profundos, y estaba cubierta con las más hermosas y tenues vestimentas negras con adornos color azabache y un cinturón de plata. Cuando cantaba o bailaba se apoderaban de ti los sue-

ños y el letargo y te sentías adormecer. En realidad, era un hada que había huido de los jardines de Lórien aun antes de la construcción de Kôr y vagaba por los bosques del mundo acompañada de ruiseñores que solían cantar a su alrededor. Fue el canto de esos pájaros lo que llamó la atención de Tinwelint, el jefe de esa tribu de los Eldar de la que surgieron después los Solosimpi, los flautistas de la costa, cuando se alejó de Palisor con sus compañeros a la zaga del caballo de Oromë. Ilúvatar había sembrado una semilla de música en el corazón de todos los de ese linaje, al menos eso es lo que decía Vairë, y ella les pertenece y más adelante floreció en forma prodigiosa, pero en ese momento el canto de los ruiseñores de Gwendeling era la melodía más hermosa que Tinwelint había oído jamás, y se apartó del grupo sólo por un instante, o eso pensaba, buscando entre los sombríos árboles la fuente de ese canto.

»Y se dice que no vagó sólo un instante, sino que estuvo escuchando por muchos años, y que los suyos lo buscaron en vano, hasta que finalmente siguieron a Oromë y fueron conducidos muy lejos sobre Tol Eressëa, y que nunca volvió a verlos. Sin embargo, después de lo que a él le pareció sólo un rato, encontró a Gwendeling tendida sobre un lecho de hojas, mirando a las estrellas en lo alto y escuchando también el canto de sus pájaros. Tinwelint se acercó suavemente, se agachó y la contempló, pensando: “Es un ser más bello que los más hermosos de entre mi pueblo”, porque Gwendeling no era elfa ni mujer, sino de la prole de los Dioses; y, al agacharse aún más para tocar una de sus trenzas, aplastó una ramita con el pie. Entonces Gwendeling se puso en pie y huyó con una risa ligera, cantando a veces a lo lejos o bailando delante de él, hasta que lo dominó un dulce y fragante letargo y se desplomó, con el rostro hundido junto a los árboles, y durmió durante mucho tiempo.

»Al despertar, ya no volvió a pensar en los suyos (aunque en verdad habría sido en vano, porque ya hacía mucho que habían llegado a Valinor), porque lo único que deseaba era ver a la dama del crepúsculo; pero ella no estaba muy lejos, porque se había quedado cerca, cuidándolo. No sé más de su historia, oh, Eriol, salvo que al final ella se convirtió en su esposa, y que Tinwelint y Gwendeling fueron por largo tiempo rey y reina de

los Elfos Perdidos de Artanor o la Tierra de Más Allá, o al menos eso es lo que se dice aquí.

»Mucho, mucho tiempo después, como sabéis, Melko penetró nuevamente en el mundo desde Valinor, y todos los Eldar, los que se quedaron en las sombras y los que se extraviaron en la marcha desde Palisor, y también los Noldoli que regresaron al mundo tras él en busca de su tesoro robado, cayeron bajo su dominio y se convirtieron en sus esclavos. No obstante, se dice que muchos escaparon y que andaban errantes por los bosques y los lugares deshabitados, y que muchos de sus clanes indómitos de los bosques se congregaron en torno al Rey Tinwelint. La mayoría de ellos eran Ilkorindi, es decir, Eldar que jamás habían contemplado Valinor ni los Dos Árboles o nunca habían vivido en Kôr; y eran seres inquietantes y extraños, que apenas conocían la luz o la belleza o la música, excepto canciones y cánticos sombríos de rústica y extraordinaria belleza, que se perdían en los bosques o retumbaban en las profundas cavernas. Pero cuando salió el Sol cambiaron por completo, e incluso antes de eso ya se habían unido a ellos muchos Gnomos errantes, y en las cortes de Tinwelint también había díscolas hadas de la hueste de Lórien, que habían seguido a Gwendeling, pero que no eran del linaje de los Eldalië.

»En los días del brillo de Sol y el resplandor de Luna aún vivía Tinwelint en Artanor, y ni él ni la mayoría de los suyos participaron en la Batalla de las Lágrimas Innumerables, aunque esa historia no se relaciona con este cuento. Pero después de aquella triste batalla se convirtió en señor de muchos, pues hubo fugitivos en busca de su amparo que se unieron a sus súbditos. Su morada estaba oculta a la mirada y al conocimiento de Melko gracias a la magia del hada Gwendeling, que entretejía conjuros sobre los senderos que conducían allí para que sólo los Eldar pudieran recorrerlos fácilmente, y así es como el rey estaba protegido contra todo peligro, excepto contra la traición. Aunque sus estancias estaban construidas en una profunda y extensa caverna, era una morada hermosa y digna de un rey. Esta caverna estaba en el corazón del maravilloso bosque de Artanor, la más prodigiosa de todas las florestas, y un río corría delante de la entrada, pero nadie podía traspasar ese portal sin atravesar el arroyo, al que cruzaba un puente estrecho y bien custodiado.

No era un sitio funesto aunque a poca distancia se encontraban las Montañas de Hierro, allende las cuales estaba Hisilómë, donde vivían los Hombres, y donde los Noldoli cautivos trabajaban arduamente y pocos Eldar libres se aventuraban.

»Escuchad, ahora os contaré algunas de las cosas que ocurrieron en las salas de Tinwelint después de la salida de Sol pero mucho antes de la inolvidable Batalla de las Lágrimas Innumerables. Y Melko aún no había logrado todos sus propósitos ni había revelado todo su poder y su crueldad.

»Dos hijos tuvo entonces Tinwelint, Dairon y Tinúviel, y Tinúviel era una doncella, la más hermosa de todas las doncellas de los Elfos ocultos, y en realidad pocas han sido tan hermosas como ella, porque su madre era un hada, hija de los Dioses; y Dairon era un muchacho fuerte y feliz y su mayor placer era tocar una flauta de junco u otros instrumentos de los bosques, y en estos tiempos se lo considera uno de los tres músicos más extraordinarios de los Elfos, y los otros dos son Tinfang Trino e Ivárë, que toca junto al mar. Pero Tinúviel era feliz danzando, y no hay ninguna otra que se le iguale en la belleza y sutileza de sus pies ligeros.

»A Dairon y Tinúviel les encantaba alejarse del cavernoso palacio de Tinwelint, su padre, y juntos pasaban mucho tiempo entre los árboles. Allí, Dairon solía sentarse en un montículo cubierto de hierba o en la raíz de un árbol y tocar música mientras Tinúviel danzaba al ritmo de sus melodías, y cuando bailaba acompañada por la música de Dairon era aún más ágil que Gwendeling y su encanto era mayor que el de Tinfang Trino bajo la luna y nadie podría contemplar una danza como ésa, salvo en los jardines de rosas de Valinor, donde Nessa baila sobre céspedes de un verde eterno.

»Tocaban música y bailaban incluso por la noche, cuando la luna despedía pálidos destellos y no sentían temor, como sentiría yo, porque el poder de Tinwelint y de Gwendeling no permitían que el mal se adentrara en los bosques, y Melko no los hostigaba todavía, y los Hombres estaban confinados más allá de las colinas.

»Su lugar favorito era un paraje umbroso donde crecían olmos y hayas también, pero no de gran altura, y había castaños

con flores blancas, pero el suelo estaba húmedo y al pie de los árboles se alzaban en una profunda bruma las plantas de cicuta. Un día de junio fueron a jugar allí y las blancas umbelas de la cicuta parecían rodear como una nube los troncos de los árboles, y allí Tinúviel siguió bailando hasta que oscureció ya tarde, y había muchas blancas mariposas nocturnas por doquier. Al ser un hada a Tinúviel no le molestaban, como les molestan a muchos hijos de los Hombres, aunque no le gustaban los escarabajos, y ningún Eldar tocaba ninguna araña debido a Ungweliantë, pero las blancas mariposas le revoloteaban en torno a la cabeza y Dairon gorjeaba una misteriosa melodía cuando, de pronto, sucedió ese hecho singular.

»Nunca he sabido cómo cruzó Beren las colinas; pero era más valiente que la mayoría, como os contaré, y tal vez sólo su afición a vagar a solas lo había hecho atravesar velozmente todos los horrores de las Montañas de Hierro hasta llegar a las Tierras de Más Allá.

»Ahora bien, Beren era un Gnomo, hijo de Egnor, el guardián de los bosques, que cazaba en los lugares más sombríos³, en el norte de Hisilómë. Entre los Eldar y aquellos de su linaje que habían sido esclavos de Melko reinaban el temor y la sospecha, y de esa manera se vieron vengadas las crueidades que cometieron los Gnomos en el Puerto de los Cisnes. Las mentiras de Melko se propagaron entre los del pueblo de Beren, y por ese motivo creían que los Elfos secretos eran perversos, pero ahora contemplaba a Tinúviel, que danzaba en la penumbra, y Tinúviel llevaba un vestido gris perlado, y sus blancos pies desnudos se movían hábiles entre los tallos de la cicuta. Entonces a Beren dejó de importarle si era Vala o Elfa o hija de los Hombres y se acercó cautelosamente para observarla; y se apoyó en un frágil olmo que crecía sobre un montículo para contemplar desde arriba el pequeño claro en el que ella bailaba, pues el embeleso lo hacía desfallecer. Era tan esbelta y tan hermosa que él terminó por salir imprudentemente de su escondite para poder contemplarla mejor, y en ese momento el brillo de la luna llena se abrió paso entre las ramas y Dairon alcanzó a ver el rostro de Beren. Inmediatamente se dio cuenta de que no era de los suyos, y todos los Elfos de los Bosques creían que los Gnomos de Dor Lómin eran criaturas traicioneras, crueles y pérpidas, de

modo que Dairon soltó su instrumento y, gritando “Huye, huye, oh, Tinúviel, hay un enemigo en el bosque”, desapareció veloz entre los árboles. Entonces Tinúviel, asombrada, no lo siguió en seguida, porque no comprendió sus palabras de inmediato y, como sabía que era incapaz de correr o saltar con tanta rapidez como su hermano, se deslizó precipitadamente entre la blanca cicuta y se ocultó bajo una flor muy alta con muchas hojas abiertas; y allí, con su blanco atavío, parecía una chispa de luz de luna que centelleaba a través de las hojas, reflejándose en la tierra.

»Entonces Beren se entristeció, porque se sintió solo y le dolió ver que se habían asustado, y buscó a Tinúviel por doquier, creyendo que no había huido. De pronto, apoyó la mano en el esbelto brazo de Tinúviel oculto entre las hojas, y ella se alejó de él lanzando un grito y huyó lo más rápido que podía en medio de la débil luz, revoloteando entre los troncos de los árboles y los tallos de cicuta. El suave roce de su brazo hizo que Beren la buscara con mayor ansiedad y la siguió velozmente, aunque no tan rápido como habría tenido que hacerlo, porque finalmente ella logró escapar y llegó presa del miedo a la morada de su padre; y después de eso no volvió a bailar sola en el bosque por muchos días.

»Esto le causó una enorme tristeza a Beren, que no se alejaba de esos parajes con la esperanza de ver bailar nuevamente a la hermosa doncella de los Elfos, y vagó por el bosque, agitado y solitario, por días y días, buscando a Tinúviel. La buscaba al amanecer y al atardecer, pero con muchas más esperanzas cuando brillaba la luna. Finalmente, una noche divisó un destello a lo lejos y he aquí que allí estaba ella, bailando a solas en una pequeña loma sin árboles, y Dairon no la acompañaba. Muchas veces regresó ella a ese lugar, donde bailaba y cantaba para sí, y a veces Dairon estaba cerca, y entonces Beren la contemplaba desde el borde del bosque a lo lejos, y a veces Dairon estaba lejos y Beren se acercaba con cuidado. En realidad, Tinúviel lo sentía acercarse, pero fingía no darse cuenta y ya hacía mucho que no temía, al ver la nostálgica ansiedad del rostro de Beren iluminado por la luna; y comprendió que era bueno y que estaba enamorado de su hermosa danza.

»Entonces Beren comenzó a seguir furtivamente a Tinúviel a través de los bosques hasta llegar incluso a la entrada de la

caverna y al extremo del puente y, cuando ella desaparecía, la llamaba desde el otro lado del río, diciendo dulcemente “Tinúviel”, porque había oído el nombre de los labios de Dairon; y, aunque no lo sabía, Tinúviel solía escuchar oculta entre las sombras del cavernoso portal y reía suavemente o sonreía. Finalmente un día, mientras danzaba a solas, él se armó de valor y se le acercó, diciéndole: —Tinúviel, enséñame a bailar.

»—¿Quién eres? —le dijo ella.

»—Beren, vengo de allende las Montañas de la Amargura.

»—Entonces, si deseas bailar, sígueme —dijo la doncella, y comenzó a bailar y a internarse en el bosque delante de Beren, con ligereza pero no tan rápido como para que él no pudiese seguirla y, de cuando en cuando, miraba hacia atrás y reía al verlo tambalearse detrás de ella, mientras le decía: ¡Baila, Beren, baila! ¡Baila como bailan allende las Montañas de la Amargura! —Así llegaron, por senderos serpenteantes, hasta la morada de Tinwelint, y Tinúviel le hizo señas a Beren desde el otro lado del arroyo, y él la siguió asombrado hasta el interior de la caverna y las profundas estancias de su hogar.

»Sin embargo, cuando Beren se encontró frente al rey se sintió desconcertado, y enorme fue su admiración ante la grandeza de la Reina Gwendeling, y he aquí que cuando el rey le dijo:

»—¿Quién eres tú, que entras a mi morada sin ser invitado?—, no supo qué responder. Por tanto, Tinúviel respondió por él, diciendo: —Este, padre mío, es Beren, un viajero que viene de allende las montañas y que desea aprender a bailar como bailan los Elfos de Artanor— y rio, pero el rey frunció el ceño cuando le oyó decir de dónde procedía Beren y le dijo: —No hables irreflexivamente, hija mía, y dime si este salvaje Elfo de las sombras ha intentado hacerte daño.

»—No, padre —dijo ella—, y no creo que su corazón albergue maldad alguna, y no seas cruel con él, a menos que quieras ver llorar a tu hija Tinúviel, porque nadie que yo conozca ha sentido más admiración por mi danza que él.

»Entonces Tinwelint dijo: —Oh, Beren, hijo de los Noldoli, ¿qué deseas de los Elfos del bosque antes de regresar al lugar de donde provienes?

»Fue tal la prodigiosa alegría que sintió el corazón de Beren cuando Tinúviel se refirió a él de esa manera ante su padre que su valor creció dentro de él, y despertó de nuevo en su interior el espíritu aventurero que lo había hecho abandonar Hisilómë y atravesar las Montañas de Hierro y, mirando con valentía a Tinwelint, le dijo: —Mi único anhelo, oh, señor, es vuestra hija Tinúviel, porque es la más hermosa y la más dulce de todas las doncellas que he visto o con las que haya soñado jamás.

»Entonces sólo hubo silencio en la sala, excepto por la risa de Dairon, y todos los que escuchaban quedaron consternados, pero Tinúviel bajó los ojos, y el rey, al ver el aspecto rústico y toscos de Beren, también estalló en carcajadas, ante lo cual Beren se sonrojó de vergüenza y el corazón de Tinúviel se entristeció por él. —¿Por qué no? Puedes desposar a mi Tinúviel, la más hermosa de las doncellas del mundo, y convertirte en príncipe de los Elfos de los Bosques; modesto es el favor que solicita un extraño —dijo Tinwelint—. Mas tal vez tenga derecho a solicitar algo a cambio. No será nada grandioso, sólo una muestra de tu aprecio. Tráeme un Silmaril de la corona de Melko, y ese mismo día Tinúviel te desposará, si así lo desea.

»Entonces todos los que se encontraban allí se dieron cuenta de que el rey se compadecía del Gnomo y respondía como si se tratara de una burda chanza, y sonrieron, porque por aquel entonces los Silmarils de Fëanor tenían gran fama en todo el mundo y los Noldoli habían relatado historias sobre ellos, y muchos de los que huyeron de Angamandi los habían visto brillar lustrosos en la corona de hierro de Melko. Jamás se quitaba la corona, y para él esas joyas eran tan valiosas como sus ojos; y nadie en todo el mundo, duende, elfo u hombre, podía abrigar esperanza alguna de tocarlas siquiera y de seguir con vida. Sin duda Beren lo sabía y comprendió el significado de esas sonrisas burlonas y, dominado por la ira, gritó: —¡Oh, no!, ése es un obsequio muy insignificante para el padre de una novia tan encantadora. No obstante, extrañas me parecen las costumbres de los Elfos de los Bosques, que se asemejan a las rudas leyes de los Hombres, de referirse a un obsequio que no se ha ofrecido. Pero he aquí que yo, Beren, un cazador de los Noldoli⁴, os otorgaré vuestro modesto deseo —y con esas palabras abandonó impetuosamente la sala ante el asombro de todos; pero Tinúviel

rompió a llorar—. No está bien lo que has hecho, oh, padre mío —exclamó—, condenar a alguien a muerte con tu lamentable chanza, porque presiento que ahora tratará de realizar esa hazaña, enloquecido como está por tu burla, y Melko lo matará y nadie volverá a contemplar mi danza con tanto amor.

»Entonces, dijo el rey: —No será el primer Gnomo al que Melko haya dado muerte y con menos motivos. Tiene suerte de no quedar cautivo aquí, prisionero de crueles maleficios por haber osado entrar en mis estancias sin permiso y por sus insolentes palabras—. Pero Gwendeling no dijo nada, ni regañó a Tinúviel ni objetó el que llorase por ese vagabundo desconocido.

»Pero, alejándose de Tinwelint y dominado por la furia, Beren cruzó el bosque hasta llegar cerca de las colinas más bajas y las tierras yermas que anuncianan la proximidad de las sombrías Montañas de Hierro. Sólo entonces se dio cuenta de su cansancio y ralentizó su marcha, y a partir de entonces comenzaron sus mayores tormentos. Vivió noches de profundo desaliento en las que no encontraba nada que le hiciera abrigar esperanzas en su búsqueda y, en realidad, había pocos motivos para tener esperanzas y, poco después, mientras caminaba a lo largo de las Montañas de Hierro hasta llegar cerca de las pavorosas regiones donde se encontraba la morada de Melko, se sintió dominado por los más terribles temores. En esos parajes había muchas serpientes venenosas y merodeaban los lobos, y mucho más temibles aún eran las bandas errantes de trasgos y de Orcos, detestables criaturas de Melko que se aventuraban lejos cumpliendo sus malvadas órdenes, colocando trampas y capturando animales, y Hombres, y Elfos, y llevándolos a rastras ante su señor.

»Muchas veces Beren estuvo a punto de ser capturado por los Orcos, y una vez logró escapar de las fauces de un enorme lobo sólo después de enfrentarse a él armado nada más que con un garrote de fresno, y en cada jornada de su viaje hacia Angamandi conoció otros peligros y aventuras. El hambre y la sed también solían torturarlo y muchas veces habría vuelto atrás si eso no hubiese sido tan peligroso como seguir avanzando; pero la voz de Tinúviel intercediendo ante su padre resonaba en su corazón y, por la noche, le parecía que a veces su corazón la oía llorar quedamente por él, allá lejos, en los bosques donde vivía; y, en realidad, eso era lo que sucedía.

»Un día fue tal su hambre que se lanzó a buscar restos de comida en un campamento abandonado de un grupo de Orcos, pero algunos de ellos regresaron de improviso y lo hicieron prisionero y lo torturaron, pero no le dieron muerte porque, al ver lo fuerte que era pese a lo agotado que estaba por las privaciones, su capitán pensó que a Melko tal vez le complaciera que lo llevaran ante él para destinarlo a algún duro oficio, como esclavo en las minas o en sus fraguas. Así fue como arrastraron a Beren ante Melko, y a pesar de ello conservó su coraje, porque el pueblo de su padre creía que el poder de Melko no sería eterno y que los Valar escucharían por fin los lamentos de los Noldoli, y se alzarían y apresarián a Melko y dejarían entrar nuevamente a Valinor a los fatigados Elfos y, entonces, reinaría nuevamente en la Tierra una enorme alegría.

»Sin embargo, Melko se enfureció al verlo y preguntó cómo podía ser que un Gnomo, esclavo de nacimiento por ser de ese linaje, hubiese osado internarse en los bosques sin que se lo ordenaran, pero Beren respondió que no era un fugitivo, sino que provenía de un pueblo de Gnomos que vivía en Aryador y que se mezclaba mucho con los Hombres. Eso enfureció aún más a Melko, porque constantemente trataba de poner fin a la amistad y a los contactos entre los Elfos y los Hombres, y dijo que sin duda se tramaban graves traiciones contra su dominio y que eso merecía ser torturado por los Balrogs; pero Beren, viéndose en peligro, le dijo: —No penséis, oh, el más poderoso Ainu Melko, Señor del Mundo, que eso pueda ser verdad; porque, de ser así, no habría llegado aquí solo y sin ayuda. Beren, hijo de Egnor, no abriga amistad alguna por el linaje de los Hombres; en realidad, se ha marchado de Aryador hastiado de las tierras plagadas por ellos. En épocas pasadas mi padre me contó muchas historias sobre vuestro esplendor y vuestra gloria y, aunque no soy un esclavo traidor, mi mayor deseo es serviros en lo que pueda, por poco que sea. —Y Beren siguió diciendo que era un gran cazador de animales pequeños y que sabía de trampas para pájaros, y que se había extraviado en las colinas persiguiéndolos, hasta que, después de mucho vagar, había llegado a tierras desconocidas, y que, incluso si los Orcos no lo hubieran atrapado, lo único que podría haber hecho para salvarse habría sido acercarse a su majestad, el Ainu Melko, y suplicarle

que lo destinara a una humilde tarea, tal vez como proveedor de carnes para su mesa.

»Ahora bien, los Valar debieron inspirar ese discurso, o quizá fue que Gwendeling, compadeciéndose de él, le dio gracias a un hechizo el don de expresarse con ingenio, porque de hecho eso le salvó la vida y Melko, al ver que era corpulento, le creyó y accedió a destinarlo como siervo a sus cocinas. Los halagos siempre tenían un dulce aroma para la nariz de ese Ainu y, pese a su insondable saber, muchas veces lo engañaron las mentiras de aquellos que despreciaba cuando las cubrían con placenteras alabanzas; por lo tanto, ordenó que Beren se convirtiera en siervo de Tevildo, Príncipe de los Gatos*. Este Tevildo era ungido poderoso —el más poderoso de todos— y estaba poseído por un hada maligna, como dicen algunos, y siempre seguía de cerca a Melko; y ese gato dominaba a todos los demás, y él y sus súbditos eran los cazadores y los proveedores de carne para la mesa de Melko y para sus frecuentes banquetes. Por tal motivo, aún reina el odio entre los Elfos y todos los gatos, aun ahora, cuando Melko ha perdido su poder y sus animales se han convertido en seres insignificantes.

»Por tanto, cuando condujeron a Beren a las estancias de Tevildo, que no se encontraban muy lejos del salón del trono de Melko, se sintió aterrorizado, pues no había previsto que tal cosa pudiese suceder, y las estancias estaban en penumbra y plagadas de gruñidos y monstruosos ronroneos en la oscuridad. Por doquier se veía el destello de los ojos de los gatos que resplandecían como lámparas verdes o rojas o amarillas, allí donde los *thanes*** de Tevildo reposaban y agitaban y fustigaban sus hermosas colas, pero Tevildo estaba sentado a la cabeza de todos y era un gato enorme, negro como el carbón y de aspecto maligno. Tenía ojos alargados, entrecerrados y oblicuos, con un brillo rojo y verde a la vez, pero sus largas vibrissas grises eran fuertes y afiladas como agujas. Su ronroneo era como un redoble de

* Nota al pie de página en el manuscrito: *Tifil (Bridhon), Miaugion o Tevildo (Vardo) Meoita.*

** [N. de la R.] Un *thane* es una figura medieval anglosajona que poseía tierras dadas por el rey, o un noble militar, colocado en la escala social entre un *free-man* y un noble por herencia. Se ha decidido conservar aquí el término intacto.

tambores, y su gruñido, como un trueno, pero cuando gritaba iracundo hacía helarse la sangre y, en efecto, las aves y los animales pequeños quedaban petrificados o solían caer muertos solamente ante el sonido. Al ver a Beren, Tevildo entrecerró los ojos hasta casi cerrarlos por completo y dijo:

»—Huelo a perro —y a partir de ese instante sintió aversión por Beren. Debéis saber que en su rústico hogar Beren había sentido un gran afecto por los perros—. ¿Por qué —preguntó Tevildo— osáis traer a esta criatura ante mi presencia, a menos que sea para convertirla en carne? —Pero aquellos que llevaban a Beren dijeron: —No, Melko ha ordenado que este desdichado Elfo pase el resto de su vida como cazador de animales y de pájaros bajo las órdenes de Tevildo. —Entonces Tevildo comenzó a chillar burlonamente y dijo: —En realidad, mi amo debe de haber estado dormido o tal vez estaba pensando en otra cosa, porque ¿cómo creéis que pueda servir un hijo de los Eldar para ayudar al Príncipe de los Gatos y sus *thanes* en la caza de pájaros o animales? Igual podríais haber traído a un Hombre de torpes pies, porque no hay Hombre o Elfo que pueda competir con nosotros en nuestras cacerías. —De todos modos, puso a prueba a Beren y le ordenó que cazara tres ratones. —Porque mis estancias están infestadas de ellos —dijo.

»Esto no era cierto, como se puede suponer, aunque había unos cuantos, de una especie muy salvaje, maligna y mágica, que osaban vivir allí en profundos agujeros, pero eran más grandes que las ratas y muy feroces, y Tevildo les permitía quedarse para propia diversión y no permitía que su cantidad mermara.

»Beren pasó tres días tratando de atraparlos pero, como no tenía nada con que hacer un cepo (y en realidad no le había mentido a Melko al decir que era muy hábil para hacer trampas), no logró su propósito, y lo único que consiguió con todo su esfuerzo fue terminar con un dedo mordido. Entonces Tevildo se mostró muy burlón e iracundo, pero en esa ocasión ni él ni sus *thanes* lo atacaron y sólo le hicieron unos cuantos rasguños, porque Melko había prohibido que le hicieran daño. No obstante, los días que pasó a partir de entonces en la morada de Tevildo fueron funestos. Lo convirtieron en pinche de cocina y vivía miserablemente, fregando los suelos y los recipientes, restregando las mesas, cortando leña y acarreando agua. A menudo

lo ponían también a dar vueltas los espetones en los que asaban delicadamente pájaros y enormes ratones para los gatos, pero rara vez le daban de comer o lo dejaban dormir, y se tornó macilento y desastrado, y muchas veces deseó no haberse alejado jamás de Hisilómë para no haber visto nunca la imagen de Tinúviel.

»La hermosa doncella lloró por mucho tiempo después de la partida de Beren y no volvió a bailar en los bosques, y Dairon se enfureció y no podía comprenderla, pero ella había llegado a amar el rostro de Beren curioseando entre las ramas, y el crujido de sus pasos cuando la seguía por el bosque; y añoraba oír nuevamente su voz que la llamaba anhelante “Tinúviel, Tinúviel” desde la otra orilla del arroyo ante el portal de su padre, y no bailaba ya desde que Beren había partido hacia las funestas estancias de Melko y probablemente ya había perecido. Esta idea llegó a agostarse de tal manera en ella que la delicada doncella se acercó a su madre, porque no se atrevía a dirigirse a su padre ni podía soportar que él la viera llorar.

»—Oh, Gwendeling, madre mía —dijo—, dime si puedes, gracias a tu magia, cómo se encuentra Beren. ¿Está bien?

»—No —dijo Gwendeling—. Vive, pero en penoso cautiverio, y la esperanza ha muerto en su corazón porque he aquí que es esclavo bajo el mando de Tevildo, Príncipe de los Gatos.

»—Entonces —dijo Tinúviel—, debo ir en su ayuda, porque no sé de nadie que esté dispuesto a hacerlo.

»Ahora bien, Gwendeling no rio, porque era sabia y previsora con respecto a muchas cosas, pero era inconcebible que ningún Elfo, y mucho menos una doncella, la hija del rey, se aventurara sin compañía hasta las salas de Melko, incluso en esos remotos días antes de la Batalla de las Lágrimas, cuando el poder de Melko no había llegado a ser extraordinario y ocultaba sus propósitos y extendía su red de mentiras. Por eso, Gwendeling le prohibió dulcemente que dijera esas insensateces; pero Tinúviel dijo: —Entonces, tienes que interceder ante mi padre para que le ayude, para que envíe guerreros a Angamandi y le exija al Ainu Melko que ponga en libertad a Beren.

»Eso fue lo que hizo Gwendeling por amor a su hija, y Tinwe-lint respondió tan airadamente que Tinúviel hubiese preferido

no haber revelado su deseo; y Tinwelint le prohibió hablar de Beren o pensar en él nuevamente, y juró darle muerte si volvía a poner los pies en esas estancias. Entonces Tinúviel reflexionó largamente sobre lo que podía hacer, y acudiendo a Dairon le rogó que la ayudase, o que incluso se aventurara con ella hasta Angamandi si así lo deseaba; pero Dairon sentía poco afecto por Beren y dijo: —¿Por qué motivo debería enfrentarme al más terrible de todos los peligros que hay en el mundo por un Gnomo vagabundo de los bosques? En realidad, no siento simpatía por él, porque ha puesto fin a nuestros juegos, a nuestra música y a nuestros bailes. —Pero, además, Dairon le contó al rey lo que Tinúviel había pretendido que hiciese y no lo hizo con malas intenciones, sino porque temía que Tinúviel se marchara lejos, a la muerte, llevada por la locura de su corazón.

»Ahora bien⁵, cuando Tinwelint oyó esto llamó a Tinúviel y le dijo: —¿Por qué motivo, oh, doncella mía, no olvidas esa locura y procuras obedecer mis órdenes? —Pero Tinúviel no respondió y el rey le exigió que prometiera que no pensaría nunca más en Beren ni que, dejándose llevar por su insensatez, trataría de seguirlo a las tierras perversas ya fuera sola o tentando a uno de los suyos a acompañarla. Pero Tinúviel dijo que no podía prometerle lo primero y que sólo podía prometerle en parte lo segundo, porque no trataría de tentar a ningún habitante de los bosques a acompañarla.

»Entonces su padre se mostró muy airado y, en medio de su ira, sentía un gran asombro y temor, pues amaba a Tinúviel; pero éste fue el plan que concibió, porque no podía dejar a su hija encerrada eternamente en las cavernas iluminadas tan sólo por luces tenues y titilantes. Por encima de los portales de su cavernosa morada se elevaba una empinada ladera que llegaba hasta el río y allí crecían frondosas hayas; y había una, llamada Hirilorn, la Reina de los Árboles, por su enorme tamaño, y su tronco tenía surcos tan profundos que parecía como si de la tierra surgieran tres troncos unidos entre sí, de igual tamaño, redondos y enhiestos, con una corteza gris tan suave como la seda de la que no surgían ni ramas ni varillas hasta una gran altura sobre la cabeza de los hombres.

»En lo alto de ese extraño árbol, a la mayor altura que los hombres podían hacer llegar las más altas escalerillas, Tinwelint

hizo construir una pequeña cabaña de madera que se apoyaba en las primeras ramas y quedaba dulcemente velada por las hojas. La cabaña tenía tres esquinas y tres ventanas en cada pared, y cada esquina descansaba sobre uno de los troncos de Hirilorn. Tinwelint ordenó vivir allí a Tinúviel hasta que consintiera en actuar con sensatez, y una vez que ella subió por las altas escalerillas de pino, las retiraron y ya no hubo manera de que pudiera bajar. Le llevaban todo lo que necesitaba y algunos trepaban por las escalerillas con alimentos y todo lo que deseara y, después de bajar, retiraban nuevamente las escalerillas, y el rey prometió que haría dar muerte a todo aquel que dejara una de ellas apoyada en el tronco o que colocara una a hurtadillas por la noche. Siempre había un grupo de guardias cerca del árbol y, sin embargo, Dairon solía llegar hasta allí agobiado de dolor por lo que había provocado, porque se sentía solo sin Tinúviel; pero en un comienzo Tinúviel vivió con gran deleite en su cabaña rodeada de hojas y a veces miraba por el ventanuco mientras Dairon tocaba debajo de ella sus más dulces melodías.

»Pero una noche Tinúviel recibió un sueño inspirado por los Valar y soñó con Beren, y el corazón le dijo: —Déjame partir en busca de aquel a quien todos los demás han olvidado. —Y, al despertar, la luna brillaba entre los árboles, y reflexionó profundamente sobre cómo podría escapar. Porque Tinúviel, hija de Gwendeling, no ignoraba las magias ni los hechizos, como se puede imaginar, y después de mucho pensar concibió un plan. Al día siguiente, les pidió a quienes vinieron que le trajeran un poco del agua más cristalina del río que corría allá abajo.— Pero —les dijo— hay que recogerla a medianoche en un cuenco de plata y tenéis que traérmela sin decir una palabra —y, después de eso, les pidió que le llevaran vino—. Pero —les dijo— tenéis que traerlo a mediodía en una jarra de oro y el que lo traiga tiene que cantar mientras vaya subiendo. —Y ellos hicieron lo que les había pedido, pero sin decirle nada a Tinwelint.

»Entonces Tinúviel dijo: —Presentaos ahora ante mi madre y decidle que su hija quiere una rueca para ocupar sus horas de tedium. —Pero a Dairon le rogó en secreto que le hiciera un pequeño telar y él se lo hizo allí mismo, en la pequeña cabaña de Tinúviel en lo alto del árbol. —Pero ¿con qué vas a hilar y con qué vas a tejer? —le dijo él; y Tinúviel le respondió—: Con

hechizos y magias. —Pero Dairon no sabía lo que se proponía ni le dijo nada al rey ni a Gwendeling.

»Cuando estuvo a solas, Tinúviel cogió el agua y el vino y, sin dejar de cantar una canción preñada de magia, los mezcló y, tras verter la sustancia en el cuenco de oro, comenzó a cantar una canción para el crecimiento y, después de trasvasarla al cuenco de plata, cantó otra canción y en esta canción iba diciendo los nombres de todas las cosas más altas y más largas que había en la Tierra: las barbas de los Indravangs, la cola de Karkaras, el cuerpo de Glorund, el tronco de Hirilorn y la espada de Nan, y no olvidó tampoco la cadena Angainu hecha por Aulë y Tulkas ni el cuello del gigante Gilim, y, por último, habló de lo más grande y lo más largo, el cabello de Uinen, la dama del mar, que se extiende por sobre todas las aguas. Entonces se empapó los cabellos con la mezcla de agua y vino y, mientras lo hacía, iba cantando una tercera canción, una canción del sueño más profundo, y los cabellos de Tinúviel, oscuros y más finos que los más delicados rayos del crepúsculo, comenzaron súbitamente a crecer con enorme rapidez y, después de doce horas, ocupaban casi todo el pequeño cuarto, y entonces Tinúviel se sintió muy complacida y se acostó a descansar; y cuando despertó el cuarto estaba cubierto con una especie de negra neblina que la ocultaba por completo y he aquí que sus cabellos se escapaban por las ventanas y ondeaban sobre los troncos del árbol en la mañana. Entonces buscó con gran esfuerzo sus pequeñas tijeras y se cortó los cabellos casi a ras de la cabeza y, después de eso, le volvieron a crecer sólo del largo que tenían antes.

»Entonces comenzó su arduo quehacer y, aunque trabajó esforzadamente con la destreza de una Elfa, pasó mucho tiempo hilando y aún más tejiendo, y si venía alguien y la llamaba desde abajo, le pedía que se marchara, diciendo: —Estoy acostada y no deseo más que dormir. —Y Dairon estaba muy sorprendido y la llamaba a menudo, pero ella no respondía.

»Con esos leves cabellos Tinúviel tejío un negro y brumoso manto embebido con una somnolencia mucho más hechicera que aquel manto con el que se había cubierto su madre y con el que había bailado muchísimo tiempo antes de la salida del Sol, y cubrió con él sus blancas vestiduras, que brillaban tenuemente, y el aire se llenó de un sopor mágico en torno a ella; y con lo

que quedaba hizo una soga muy resistente que ató al tronco del árbol dentro de su cabaña, y así terminó su quehacer y miró hacia el oeste por la ventana, en dirección al río. La luz del sol ya se iba apagando entre los árboles y, según las sombras cubrían los bosques, comenzó a cantar una canción muy dulce y suave y, mientras cantaba, dejó caer sus largos cabellos por la ventana para que su niebla adormecedora rozara la cabeza y la cara de los guardias, que, escuchando su voz, quedaron sumidos de pronto en un sueño insondable. Envuelta en sus oscuras vestimentas, Tinúviel bajó entonces por la cuerda hecha con sus cabellos, tan ágil como una ardilla, y se alejó bailando hacia el puente, y antes de que los guardias del puente alcanzaran a avisar ya estaba bailando entre ellos; y apenas los rozó el borde de su negro manto se quedaron dormidos, y Tinúviel huyó lejos, muy lejos, con toda la rapidez de que eran capaces sus pies danzarines.

»Cuando la fuga de Tinúviel llegó a oídos de Tinwelint, sintió a la vez un inmenso dolor y una gran ira, y toda su corte se alborotó y el eco de la búsqueda se extendió por todos los bosques, pero Tinúviel ya estaba muy lejos, cerca de las lóbregas laderas donde comienzan las Montañas de la Noche; y se dice que Dairon salió tras ella y se perdió irremediablemente y nunca regresó a Elfinesse, sino que se dirigió hacia Palisor y que allí⁶ sigue tocando sutiles melodías mágicas, melancólico y solitario, en los bosques y las florestas del sur.

»Pero no había pasado mucho tiempo cuando, mientras avanzaba, un súbito temor sobrecogió a Tinúviel al pensar en lo que había osado hacer y en lo que la esperaba; entonces, se dio la vuelta durante un trecho y lloró, deseando que Dairon estuviese a su lado, y se dice que en realidad él no estaba muy lejos de allí, pero que vagaba sin rumbo entre los altos pinos, en la Floresta de la Noche, donde tiempo después Túrin dio muerte a Beleg por accidente.⁷ Tinúviel estaba cerca de esos parajes, pero no se internó en esa sombría región y, recobrando el valor, avanzó de prisa y, gracias a su extraordinario poder mágico y al hechizo de maravilla y de somnolencia que la rodeaba, no la abrumaron los mismos peligros que antes había enfrentado Beren; pero fue un viaje largo y difícil y agotador para que una doncella lo recorriera.